

Hace muchos años, cuando el mundo aún parecía misterioso, la casa enorme y las noches de invierno se llenaban de sombras y susurros, una peculiar niña de cuatro años se cuestionaba una de las mayores certezas de la infancia: **la existencia de Papá Noel.**

No era una niña conformista. Observaba el mundo con atención, como si cada detalle escondiera un secreto. Tampoco es que no le gustara la Navidad —al contrario— le encantaban las luces de Navidad, el olor a pino del árbol recién colocado y el sonido lejano de los villancicos, pero había algo que no lograba aceptar sin más, algo no le cuadraba. En su pequeña mente, curiosa y despierta, siempre surgía la misma pregunta: **¿cómo podía un abuelo viajar por todo el mundo en una sola noche?**

Aquella pregunta la acompañaba a todas partes. Cada vez que tenía ocasión, le hacía la pregunta a sus padres mientras ayudaba a poner las bolas del árbol, a sus hermanos durante la cena, incluso a otros adultos cuando creía que nadie la escuchaba. Sin embargo, las respuestas nunca variaban demasiado: —Claro que existe —le decían—. **Es un ser mágico, y por eso puede repartir regalos a todos los niños en una sola noche. Y es que la magia no sigue las mismas reglas que el mundo.**

La niña asentía, pero en su interior la duda seguía creciendo. Aquellas explicaciones no la convencían del todo. La palabra mágico parecía más una excusa que una respuesta real. Para ella, la magia debía tener una explicación, una lógica secreta.

Esa Nochebuena, la casa estaba especialmente acogedora. La casa se llenaba del aroma de la cena y el árbol iluminaba el salón con luces cálidas. Cuando la mesa ya estaba recogida, y el silencio comenzaba a adueñarse de todo. Desde su mirada infantil, aquella noche se sentía distinta, más densa, como si algo importante estuviera a punto de suceder, y entonces, la niña tomó una decisión solemne: **esa noche descubriría la verdad.** Se prometió a sí misma que no cerraría los ojos, que se mantendría despierta pasara lo que pasara. Se sentó en el sofá, luchando contra el sueño, observando cómo las luces del árbol parpadeaban suavemente.

Pero el tiempo avanzaba, y el cansancio empezó a pesarle en los párpados. Sus padres la miraban de reojo, con una sonrisa cansada. Sabían que estaba agotada, y al verla luchar contra el sueño, se acercaron y le dijeron con voz cariñosa —Cariño, ya es muy tarde. Tienes que irte a la cama. Sino, Papá Noel no podrá venir.

La niña frunció el ceño, pues aquellas palabras la disgustaron profundamente y le le parecieron injustas. Ella no quería irse todavía porque no quería perderse nada. El enfado le subió de golpe, y sin decir nada más, salió corriendo hacia su habitación... sin imaginar que **estaba a punto de llevarse la mayor sorpresa de su vida.**

Justo antes de cruzar el umbral del cuarto, un sonido la detuvo en seco.

Un tintinear suave y lejano, como campanas movidas por el viento. No venía de la casa. Venía de fuera... o quizá de todas partes. Un sonido delicado, antiguo, profundamente mágico. Casi al mismo tiempo, los perros en el exterior comenzaron a ladrar con insistencia, alterando el silencio de la noche.

El corazón de la niña empezó a latir con fuerza. Sintió un cosquilleo extraño, mezcla de miedo y emoción. Entró rápidamente en la habitación... **y entonces lo vio.**

Allí estaba aquella figura imposible.

Una figura alta y delgada, casi translúcida, como hecha de niebla y luz, como si no perteneciera del todo a este mundo. Vestía ropa antigua, una capa larga que parecía flotar más que caer, y un gorro con pico. Su barba canosa le llegaba al pecho y sus movimientos eran lentos, solemnes, como si cada gesto tuviera un propósito.

El tiempo pareció detenerse.

La niña no podía moverse, ni hablar, atrapada entre el asombro y el miedo. Apenas respiraba. Sentía que estaba presenciando algo que no debía ver... y al mismo tiempo, algo que llevaba esperando toda su vida. Durante unos segundos —o tal vez minutos— ninguno de los dos hizo nada.

Entonces, la figura se giró lentamente hacia ella.

En sus manos sostenía una gran bolsa de terciopelo color burdeos, pesada, llena de promesas.

Cuando sus miradas se cruzaron, la niña sintió una certeza absoluta, profunda, que le recorrió el cuerpo entero. **Era real**, y en ese instante la niña lo comprendió todo. La duda que había arrastrado durante tanto tiempo se desvaneció, transformándose en una admiración profunda y casi reverente. Todas sus dudas se transformaron en asombro. **La magia no necesitaba explicación.** “¿Pero cómo es posible?”, pensó, con el corazón desbordado.

Una ola de euforia la recorrió de arriba abajo, tan intensa que no pudo contenerla. De su garganta salió un grito fuerte, desbordado y agudo, un grito que rompió el hechizo y el silencio sagrado de la habitación.

Sus padres sobresaltados, corrieron hacia su cuarto, con el corazón encogido, temiendo que algo malo hubiese ocurrido.

En una fracción de segundo, la figura se movió hacia la ventana. No la abrió. Simplemente... la atravesó. Como si el cristal no existiera. Afuera, los perros ladraban con más fuerza, y el sonido de las campanas volvió a escucharse, alejándose lentamente... hasta que todo quedó en silencio.

Los padres entraron apresurados en la habitación y encontraron a la niña temblando, con los ojos muy abiertos —¿Qué ha pasado? ¿Por qué has gritado así? —preguntaron, preocupados, intentando mantener la calma.

La niña, aún temblando y con voz entrecortada, respondió: —Había un hombre en la habitación. El padre revisó cada rincón, miró detrás de la puerta, bajo la cama. —No hay nadie —dijo finalmente.

—Ya no está —respondió ella—. Se fue por la ventana.

Ambos padres se miraron extrañados. Aquello no tenía sentido. Las ventanas estaban cerradas, intactas. Aun así, el padre salió al exterior, recorrió el patio, rodeó la casa y soltó a los perros para asegurarse de que no había nadie. No encontró nada.

Cuando regresó de vuelta al interior de la casa, ambos padres se miraron en silencio. No sabían qué pensar, pero algo en la mirada de su hija les hizo dudar por primera vez. Le pidieron a la niña que explicara exactamente qué había visto. Ella lo hizo con todo detalle: —Era un hombre inclinado hacia adelante. Se podía ver a través de él. Llevaba una capa larga, ropa antigua y un gorro con pico. Y tenía una bolsa grande, de terciopelo burdeos.

Sus padres se miraron y sonrieron suavemente, con una mezcla de ternura y misterio.

La madre se agachó frente a ella y le dijo con dulzura: —Diría que has visto a San Nicolás.

La niña no respondió. El sueño comenzaba a vencerla. Ahora toca irse a dormir...y esperemos que vuelva para dejar los regalos —dijo su madre—.

Sus padres la acompañaron a la cama, arropándola con cuidado, observándola unos segundos más de lo habitual, como si intentaran protegerla de algo invisible.

La niña seguía sorprendida, pero el cansancio ya podía más que cualquier emoción y, en pocos minutos, cayó en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, abrió los ojos de golpe. —**¡Ya es Navidad!**

Corrió hacia el salón, donde el árbol brillaba más que nunca. Y allí estaban. Los regalos. Todos, exactamente donde debían estar.

Sus padres se miraron en silencio, compartiendo una duda que nunca se atrevieron a decir en voz alta.

Desde aquel día, la niña jamás olvidó aquella noche. Porque, aunque con los años creciera y el mundo se volviera más lógico, en lo más profundo de su memoria siempre permaneció aquel instante mágico...el momento en que dejó de dudar y empezó a creer. **Nunca olvidó aquella noche en que la magia la encontró primero a ella.**